

LA UNIVERSIDAD MEXICANA, POR DENTRO Y POR FUERA.

**Mtro. Manuel Zataráin Castellanos.
Centro de Estudios sobre el Cambio
y las Instituciones. Departamento
de Sociología. CUCSH- U. de G.**

LA UNIVERSIDAD MEXICANA, POR DENTRO Y POR FUERA.

Introducción.

Es un hecho real, incontestable, la ostensible inequidad socioeconómica que domina al mundo actual. En términos muy generales, los países ricos absorben ahora el 80% del producto mundial contra un famélico 20% que les corresponde a los llamados países pobres. Evidentemente México está ubicado entre estos últimos, pese al eufemismo que lo cataloga como país de una “economía emergente”.

Las cosas no han quedado sólo para los países pobres, en el ámbito del declive económico. Ha habido implicaciones morales muy fuertes. En el caso de México, se puede hablar de una especie de “desestructuración”, o dicho de manera más llana, una degradación de aquellos valores en los que se cimienta la “voluntad de ser” de una sociedad o la formación de carácter o la identidad de un pueblo.

Desde Durkheim se sabe que la educación es el mejor instrumento que existe para formar “el alma de nuestros niños y nuestros jóvenes”; cohesionar e integrar una sociedad, se hace en base a valores.

En el caso de la Universidad, y específicamente pensando en la Universidad mexicana, hay un valor que se resuelve en su “ser académico” o su “ethos académico”. Alrededor de este valor podemos encontrar otros que le dan sustento: la investigación, el estudio, la responsabilidad, la honestidad, la diversidad, la pluralidad, el trabajo colegiado, etc.

Es nuestra visión de que estos valores no tienen por qué ser alterados como lo han sido y lo son en este momento en nuestro medio universitario. En este sentido, postulamos de que no existe justificación alguna para que en los conflictos, confrontaciones, disputas o simplemente en cualquier divergencia cotidiana, aquellos valores se vean trastocados por asuntos vinculados a los ímpetus de control económico y político de algunos actores que perciben a la Universidad como “botín” o como objeto “patrimonialista”.

Por otra parte, en este texto intentamos también hacer una revisión crítica del uso de un término que se ha convertido en muletilla y en razón de muchos discursos que tratan de explicarse el mundo universitario actual: el neoliberalismo. Y no por ello pretendemos en modo alguno, decretar su inexistencia. El neoliberalismo está en todas partes y está asociado a una impronta especulativa y rentista que permite entender la división actual entre países pobres y ricos. Pero, hay que decir que el neoliberalismo es una expresión distorsionada y atrofiada de la modernidad económica y política; está anclado en la marcada vulnerabilidad cultural y económica de los países pobres, cuyos grupos dominantes de todo tipo se han prestado a que nuestros países vivan sumidos en la más profunda desigualdad social de que se tenga memoria.

Por lo anterior, alrededor de nuestro objeto temático, campean las siguientes interrogantes:

¿La matriz neoliberal es la que explica el atraso universitario y el rezago general del país?

¿Qué es más relevante para el diagnóstico y una eventual recomposición de la sociedad, el Estado y las Universidades? ¿Las fuerzas externas o internas? ¿La economía o la cultura?.

Bien podría responderse que una y otra parte son igualmente importantes; que da lo mismo pensar en una cosa u otra... pero nada es lo mismo. Es obvio que las variables externas y económicas son influyentes en el estado de cosas que ahora vivimos. Sin embargo, nuestra propuesta identifica un quid que se vincula a la cultura o a los valores de los procesos y actores internos. Veámoslo.

“Neoliberalismo y Economía”

El término “neoliberalismo” se ha vulgarizado mucho. Su uso es bastante socorrido por un espectro muy amplio de personajes: presidentes de países, rectores de universidades, dirigentes sindicales, diputados, senadores, dirigentes de partidos políticos, profesores y estudiantes universitarios, poetas y guerrilleros.

En sí mismo, el término en cuestión es peyorativo, pues se le asocia siempre para denotar que por su causa el mundo anda muy mal. Trátese de política financiera o agropecuaria del gobierno de un país, o bien de los procesos de cambio que está experimentando la universidad, el referente obligado al que se invoca para explicar las tomas de decisiones de estos ámbitos, es el “neoliberalismo”.

Pero, en términos sociohistóricos, ¿qué es el neoliberalismo?, ¿cuál es su matriz histórica?. Ya se sabe por muchos, que el “liberalismo económico” de Adam Smith y David Ricardo postulaba un accionar económico que no fuera perturbado por el Estado; un Estado que en los tres siglos precedentes a estos pensadores, pecaba simplemente de intervencionista. Sin embargo, hay que decir que este intervencionismo era de cuño mercantilista, es decir, no propiamente capitalista.

En efecto, el Estado mercantilista es el Estado de la transición de una economía feudalizada a una economía capitalista. La sociedad de Smith y David Ricardo es ya una demandante de otro tipo de Estado, sobre todo de uno que no imponga tantos obstáculos arancelarios al libre desarrollo capitalista del siglo XVIII y comienzos del XIX. Para una economía liberal de productores capitalistas y trabajadores asalariados en un contexto no monopolístico, se imponía la constitución de un Estado liberal.

En las postrimerías del siglo XIX, el desarrollo capitalista acicateado cada vez más fuertemente por los avances de la ciencia y la técnica, da lugar a una variedad de nuevos actores: los sindicatos de masas, los partidos de masas, los grandes monopolios capitalistas y un Estado al que se le reclaman nuevamente funciones de intervención. Estas funciones tendrán ahora que ver con el bienestar y seguridad social.

A partir de esta asociación, entre desarrollo capitalista y Estado de Bienestar, el mundo conocerá la etapa capitalista de mayor virtuosismo vivida hasta ahora. Solamente tres datos para consignar esta idea: La constitución de una industria nacional en muchos de los países de América Latina, la emergencia de enormes grupos clasemedios en estos países y una distribución de los ingresos nacionales sin las disparidades tan profundas de ahora.

En los años ochenta se quiebra este modelo de asociación virtuosa, sobre todo para nuestros países. Aparece entonces el neoliberalismo como una especie de ideología y política que acompaña al proceso de globalización económica y que pretende retrotraernos a las condiciones políticas y económicas de Adam Smith y David Ricardo. Es decir, a una economía capitalista pretendidamente sin monopolios, sin partidos y sindicatos de masas y sin un Estado que cumpla con las funciones de bienestar y seguridad social que le demanda la sociedad.

Un dato relevante y dramático a la vez, es que los efectos de esta visión neoliberal los hemos sufrido con creces los países no desarrollados. Están a la vista: más de 60 millones de pobres en México, seguridad social en postración, servicios médicos de calidad muy restringidos e instituciones de salud pública en quiebra, un medio ambiente severamente dañado y un sistema educativo fuertemente pautado por una cultura clientelar y de controles premodernos en todos los niveles de la educación.

En cambio, los países desarrollados siguen conservando su gran capacidad civilizatoria que los distingue: instituciones de bienestar y seguridad social que son efectivas, sistemas educativos eficientes y con valores muy firmes, un medio ambiente escrupulosamente cuidado y sostenido, ingresos personales y familiares muy decorosos y una cultura democrática y de respeto que permea todos los ámbitos de la sociedad.

Un matiz importante se desprende de este cuadro de contrastes: parece ser que los gobiernos más neoliberales del planeta corresponden a los de los países no desarrollados.

Por lo tanto, una hipótesis de este texto, es que este “neoliberalismo” no nos viene tanto de fuera como de dentro. Tiene que ver más con Fox que con Bush, con las empresas nacionales que con las transnacionales. Tiene más que ver con nuestras élites políticas y económicas que con las de Estados Unidos y Europa. Tiene más que ver, en suma, con nuestra cultura.

De esta manera, una idea subsidiaria de esta hipótesis, es la que sigue: la universidad mexicana no está formando profesionistas a cabalidad, así como lo requiere la sociedad, no tanto por los “nuevos principios de una organización capitalista mundial” que, en resumidas cuentas, le exige a nuestra universidad una mejor racionalidad en su funcionamiento, sino simplemente porque no hemos encontrado aquellos valores que nos permitan construir una organización académica que conjunte y armonice lo nacional con lo internacional, lo universal con lo particular. De ello trataremos en los siguientes apartados.

“Neoliberalismo y Universidad”

En relación a la universidad, muchos analistas e investigadores universitarios han reflexionado con toda seriedad sobre las diversas maneras en que el “neoliberalismo” ha afectado su organización y funcionamiento; y han llegado a formulaciones como las siguientes:

“el éxito de la política de privatización se debe a la implementación de determinado modelo de autonomía, en moldes neoliberales, para que el poder del mercado pueda determinar todas las dimensiones de la universidad: cursos, tiempo, trabajo, docencia, investigación, etcétera”¹

“(Se constata también lo siguiente) el impacto de los procesos de reestructuración neoliberal en las instituciones de educación superior y la consecuente amenaza a la autonomía universitaria; las tendencias pasadas y presentes a la privatización; el denominado ‘capitalismo académico’; y la americanización de las reformas universitarias; el impacto de las reformas en la geopolítica de los saberes; y la intensa precarización de las condiciones de trabajo que caracterizan la vida cotidiana de las instituciones de educación e investigación en los países de la región”²

En suma, “neoliberalizar” quiere decir todo lo siguiente si se trata de la universidad: recortar todos los márgenes de la vieja autonomía universitaria, ajustar más la universidad al mercado y a la economía, crecimiento importante del sector privado de la educación superior, establecimiento de cuotas económicas discretas a los estudiantes de las universidades públicas, rendición de cuentas de la universidad al gobierno y a la sociedad, etc.

En una primera aproximación, este diagnóstico es básicamente certero, pues nadie podría negar que en México, por ejemplo, la privatización de la educación superior ha alcanzado ya un 30% del estudiantado de este nivel; que varias universidades públicas ya cobran aranceles que no son propiamente simbólicos y que el gobierno mexicano ha estado presionando a las universidades públicas para que hagan crecer el rubro de “recursos propios”.

En términos generales, se puede decir que la América Latina ha sido un magnífico caldo de cultivo que ha permitido la proliferación de todos estos fenómenos novedosos que han coincidido –no generado, pensamos– con una serie de desajustes e ineficiencias muy palpables en las universidades de la región. Señalemos solamente dos para el caso de las universidades mexicanas: la débil formación profesional de nuestros egresados y la franca desorganización interna de la estructura académica.

Alrededor de estos dos asuntos críticos de la universidad pública mexicana, o sea, la formación profesional de nuestros estudiantes y la organización académica, gravitan un sinnúmero de variables que no es posible someterlas a análisis en esta ocasión. Solamente nos estaremos restringiendo a tres de ellas que podrían operar como una síntesis de todo el cuadro problemático de este momento.

“El problema de la Autonomía Universitaria”

¿En qué sentidos la “vieja autonomía” ya no es operante ni válida en el contexto de las relaciones entre “universidad y sociedad”, “universidad y economía” y “universidad y estado?”.

Primero. La clásica imputación de que “autonomía” no es “extraterritorialidad”, se antoja ahora como atractiva y pertinente. Y es que en nuestro país –y tal vez en toda la América Latina-, las universidades públicas habían transitado por un camino que las volvía prácticamente intocables en relación a su funcionamiento. Hoy en día es una demanda muy fuerte de parte de la sociedad –secundada por el Estado-, de que la universidad debe rendir cuentas a alguna instancia pública o civil que le diga a la sociedad que los recursos económicos universitarios, públicos, están siendo manejados con transparencia y eficacia.³

Este viraje de la “autonomía” no es censurable, pues ha significado un ajuste positivo que tiende a ordenar y a responsabilizar más a la universidad ante la sociedad.

Segundo. Desde la perspectiva de la relación “universidad-Estado”, aparte de la exigencia de la rendición de cuentas, el Estado mexicano entró en un proceso, desde la década de los ochentas, que somete cada vez más a un control técnico y efectivo a las universidades públicas, expresado en las evaluaciones periódicas que practica a todas ellas. Así, para allegarse de recursos excedentes al subsidio ordinario, las universidades ahora tienen que demostrar entre otras cosas, las siguientes:

a) Desarrollar proyectos y programas vinculados efectivamente a las funciones sustantivas de docencia, investigación y extensión. Tanto mejor sea la realización de los proyectos y programas, el Estado le responde con más recursos a las universidades. En esta perspectiva de control y estímulos, se encuentran los programas Fomes, Promep, Pifi y las becas que entrega el CONACYT a aquellos programas de docencia considerados de excelencia.

b) El Estado ahora le exige a la Universidad que su accionar sea pertinente en relación a la economía o al mercado. En este sentido, la universidad tiene que tomar nota de cuáles son las profesiones y conocimientos más demandados por el mercado, si es que desea verse favorecida con los recursos extraordinarios de la bolsa estatal.

c) Cada vez es más patente la voluntad del Estado de que los programas docentes de licenciatura y posgrado deben ser evaluados y acreditados con fines de mejora en los procesos de calidad en la academia. Para ello, el Estado ha utilizado a organismos civiles muy afines a su visión sobre el quehacer universitario, por ejemplo a la ANUIES y el CENEVAL.

En abstracto, este nuevo comportamiento del Estado y la universidad se traduce en la exigencia de una mayor racionalidad de los actores involucrados. Nadie podría estar en desacuerdo en estos medios y en estos fines vinculados a la excelencia y la calidad de los procesos y productos académicos. Pero pasemos ahora a analizar los aspectos concretos de este nuevo comportamiento.

a) El monto de los recursos extraordinarios que el Estado pone en juego para incentivar procesos de calidad y mejora en la actividad académica, es realmente minúsculo, si se le compara con los presupuestos ordinarios. Veamos los presupuestos del año 2002 para el sistema universitario público de nuestro país⁴ :

- Subsidio ordinario al sistema
Universitario público. \$ 40,144,332.3 (miles de pesos)

- Subsidio extraordinario al
sistema universitario público. \$ 3,547,752.6 (miles de pesos)

El subsidio extraordinario representa solamente un 7.1% del ordinario. Su destino está orientado a “incrementar la calidad de la educación superior”⁵ a través de los siguientes programas: Programa del Mejoramiento del Profesorado (PROMEP), Fondo para la Modernización de la Educación Superior (FOMES), Fondo de Inversión para las Universidades con Programas Evaluados y Acreditados (FIUPEA), Programa de Apoyo al Desarrollo Universitario (PROADU) y el Fondo de Aportaciones Múltiples (FAM). Como dicen Valenti y Del Castillo: aquí hay un problema de “insuficiente cantidad” para contrarrestar la “deficiente calidad de los servicios educativos superiores”⁶

b) En realidad, este protagonismo del Estado en materia de supervisión y control de los proyectos y programas académicos, llamaría a escándalo a más de algún analista sobre problemas universitarios, pues este asunto nos vincularía de nuevo con la “vieja y nueva autonomía” de las universidades en relación al Estado.

Nuestra percepción en este punto, es que el proceso es marcadamente autoritario, no ha habido apelación al consenso de las universidades, si bien es cierto que formalmente la ANUIES es una asociación que representa al conjunto de ellas, en realidad sigue operando como un instrumento del Estado que funge, en los hechos, como una “subsecretaría” que opera programas a voluntad de él. Un ejemplo muy claro de ello, es que los dirigentes máximos de esta asociación pasan luego a ser altos funcionarios en la Secretaría de Educación Pública del Gobierno Federal. Existe, pues, una especie de sobrepolitización ligada a la tradición corporativa del Estado mexicano: toda expresión organizada de la sociedad es susceptible de ser cooptada por el gran Leviatán. Con ello damos entrada al siguiente tema que vincula a la universidad con la política.

“Universidad y Política”

No es censurable el hecho de que el Estado intervenga y exija un comportamiento más racional y responsable a la universidad mexicana, pero lo debe hacer bajo ciertos comportamientos éticos que no pone en práctica, pese a que vivimos ahora en un nuevo régimen político. Más allá del discurso, asume muchos de los valores del “ancien régime”.

En efecto, el Estado mexicano bajo el nuevo régimen de la alternancia política, hace caso omiso de los modelos políticos que prevalecen en las universidades de nuestro país, en sus ímpetus por establecer un nuevo orden que haga más eficientes y pertinentes a estas instituciones. Sucede un poco, o un mucho, como la relación que establece con el SNTE: no incide en lo absoluto para inhibir la perniciosa influencia de este sindicato, emblemático del corporativismo mexicano⁷, en la formación educativa de millones de niños y jóvenes de nuestro país.

En México, varias de nuestras universidades son operadas bajo criterios y gobiernos ostensiblemente autoritarios y premodernos. Esto es, que sus dinámicas académicas y administrativas responden a fuerzas políticas que instrumentalizan a la misma universidad para el servicio de intereses que le son externos⁸.

En la universidad como en cualquier otro ámbito de la sociedad y el Estado, existe una “politicidad natural” por así decirlo, pues en ella se disputan posiciones, controles, estrategias y proyectos; por ello se producen tensiones y conflictos. Como dice Foucault: toda relación social entraña una relación de fuerzas, de medir fuerzas, de disputar controles⁹.

El asunto político, o de poder, es un asunto de inmanencia, está pegado al accionar humano; no es algo que nosotros elegimos, pero sí es algo que construimos en el proceso de relacionarnos como individuos o como grupos. Foucault posee una visión productiva y positiva del poder y es muy convincente, ya que postula que todo crecimiento personal o grupal pasa por ahí, aunque el resultado siempre sea asimétrico. Pero, claro, en un contexto donde siempre hay ciertas reglas y ciertas normas que se deben cumplir. Además, los ámbitos en los que se despliega poder o politicidad, no están reducidos a lo mismo. El poder familiar o estatal o el que se despliega en una empresa, no son lo mismo que el poder universitario, en tanto la especificidad de que son objeto. Así, en la universidad existen dos componentes específicos que están ligados a su naturaleza y a toda forma de hacer política en ella. Me refiero a los componentes “conocimiento” y “trabajo colegiado”, que son insustituibles en toda tentativa de actuación política y en toda reflexión analítica que pretenda comprender el accionar universitario.

Desde la mirada penetrante de Burton Clark¹⁰, el “conocimiento” es el piso básico de toda la estructura y funcionamiento de la universidad. Luego este “conocimiento” no puede desplegarse sino a través de lo que son las “especialidades”, esto es que la dinámica del poder y del saber de la universidad, típicamente, discurre en mucho entre los intereses y visiones de los “especialistas”. Asimismo, la universidad está más impelida que ninguna

otra institución a colegiar libremente, autónomamente, decisiones que atañen a los campos de los especialistas, por la elemental razón de que el “conocimiento” es la materia prima constitutiva de la razón de ser de la Universidad.

Así pues, hacer política en la universidad no es como hacerla en el Estado o en los partidos políticos, donde los actores se definen en razón de las disputas que se producen entre adversarios de distinto signo. En la universidad es otra la sustancia: los actores son académicos –profesores y estudiantes- que comparten y discuten intereses de conocimiento. Aquí, el principio es la academia; allá el principio es la disputa por posiciones de poder y el control de ciertos recursos económicos. En la universidad, el poder que emerge de las relaciones que establecen sus actores, no debería de producirse a costa de la academia; antes bien, debería apuntalarla, declararla a salvo en la confrontación de todo proyecto.

“Universidad y Valores”

La formación de buenos ingenieros, de buenos médicos, de buenos físicos debe estar anclada en algo que parece simplemente banal: en la formación humana, en la compartición de aquellos valores que nos hacen muy particulares y a la vez muy universales.

Una gran enseñanza que podemos recoger de Comenio, Rosseau y Kant¹¹ es la siguiente: educar al hombre, primero que al ingeniero, al médico o al agrónomo; en otras palabras, comunicar y practicar valores que nos procuren la reconstitución de una identidad que nos reconcilie con nosotros mismos y nos enlace más exitosamente con el resto del mundo. Como lo dice Castoriadis:

“Esta imaginación, como imaginación radical de la psique singular y como imaginario social instituyente, provee las condiciones para que el pensamiento reflexivo pueda existir, por lo tanto también para que pueda existir una ciencia”.¹²

No es extraño que las formas de enseñanza conocidas como “Escuela Activa o Escuela Nueva”, cuya inspiración más importante está en Rosseau, gocen todavía de un gran reconocimiento social. Rosseau arma todo un dispositivo educativo que cuestiona radicalmente el racionalismo de la Ilustración imperante en el siglo XVIII: educar los sentimientos antes que darle vuelo a la razón; someter a control desde la sensibilidad individual y compartida los esquemas de racionalidad¹³.

En otras palabras, la formación ética o de los valores es imperativa para establecer un mejor orden que incentive el desarrollo de las capacidades creativas y que debe superponerse al hecho de aprender una técnica o algún conocimiento científico.

Es evidente que los niveles educativos donde mejor prende la formación basada en valores, es en la escuela básica y el bachillerato. En la educación superior se debe seguir insistiendo en una formación de este tipo, pero aquí el proceso de inculcación de valores se vuelve muy tenue y adquiere una dimensión muy propositiva, por la notable madurez intelectual de los alumnos. Aquí todo se debe discutir y poner a consideración todo contenido curricular que, lógicamente, proyecta valores, proyecta una visión del mundo o, como dice Hugo Zemelman¹⁴, proyecta un “recorte de realidad” en la que los universitarios nos desenvolvemos.

México es un país de enormes recursos naturales y cuenta con una gran infraestructura económica que lo ubica entre las primeras diez o doce economías más importantes del mundo, desde el punto de vista de su producción. Pero, nuestra productividad es sumamente baja. En este rubro nos encontramos en un lugar lejanísimo. Por ejemplo, en desarrollo humano, ocupamos el lugar número 54 en 2002¹⁵. Así, el contraste entre producción y desarrollo humano es enorme.

Cómo se explica este desajuste. Una primera respuesta muy general, es que el problema se remite a nuestra cultura, a esa escasa fidelidad que nos debemos a nosotros mismos; a ese imaginario mexicano que no hemos sabido desarrollar y organizar de mejor forma; a ese conjunto de significaciones y de símbolos culturales que deben conformar un “nosotros mexicano” que, por el momento, ha perdido la brújula.

Después de todo, lo que hace valer y destacar a las sociedades desarrolladas, no es tanto la riqueza bruta que poseen, ni la gran producción de ciencia y tecnología; son sus culturas las que hablan por ellas, son sus acuerdos que establecen para ser sociedades de una efectiva convivencia interna: su cultura del derecho, su cultura económica, su cultura universitaria, su cultura política. Es decir, es por la visión que tienen de ellos mismos, de cómo deben compartir ciertos valores y de cómo deben organizar el mundo objetivo para una mejor comunicación intersubjetiva. Castoriadis lo dice con mucho tino cuando explica el problema de las instituciones y el desarrollo de la historia: el problema es esa “irrealidad positiva” que es más fuerte que “lo real” y que, además, ordena a lo “racional real”¹⁶.

Así, entonces, no es pertinente adjudicar nuestros males internos a un fenómeno mundial que se conoce como el “neoliberalismo”; cuando menos ahí no está el núcleo que posee las determinaciones del atraso universitario y de nuestra sociedad.

El problema universitario se puede explicar mejor desde las visiones y prácticas culturales que desarrollan sus actores. En esta dirección, pero en una dimensión latinoamericana, veamos lo que dicen dos investigadoras mexicanas:

“en la mayor parte de los países de América Latina, la principal fuente de financiamiento que reciben las IES provienen de recursos públicos. La asignación de éstos, se hace con base en el tipo de relaciones que se establecen entre las universidades y el gobierno, las cuales se caracterizan por ser verticales y clientelares... entonces la asignación de los recursos se realiza con base en intereses privados”¹⁷.

A nivel de nuestro país y de las relaciones que guardan el Estado y las universidades públicas, el diagnóstico de estas autoras es contundente:

“El punto de partida es la identificación de, al menos, seis problemas que se observan en la política mexicana de nivel superior: A.- Insuficiente cantidad y deficiente calidad de los servicios educativos superiores... B.- Inflexibilidad decisional de carácter sistemático que manifiestan tanto las IES como las agencias gubernamentales concernidas y el sindicalismo universitario. El hecho de que el proceso de toma de decisiones en el ámbito de la política de educación superior sea inflexible, ello se traduce en que ese proceso funcione con base en mecanismos verticales y clientelares... C.- Monodependencia financiera. Las IES públicas mantienen una dependencia casi absoluta respecto de los recursos públicos

D.- Insuficiencia crónica de recursos para la I & D y débiles vínculos con el sector productivo... E.- Asintonías entre los desarrollos recientes de los campos disciplinarios y especializados, los desarrollos tecnológicos y los perfiles curriculares... F.- Débil vida académica en las IES por falta del predominio del ethos académico”¹⁸ .

En el cuadro de estas autoras quedan expuestos los motivos que hacen que la universidad mexicana, pública, no esté a la altura de los retos que le reclama la sociedad y los nuevos tiempos: un conjunto de actores –Estado, sindicato, autoridades universitarias- que perciben a la universidad como un objeto de disputa permanente y en donde la misión de formar profesionistas efectivos, queda seriamente frustrada.

En Síntesis.

Atribuir al “neoliberalismo” los fuertes obstáculos que enfrenta la universidad para desplegar su potencialidad académica, es un tanto engañoso. Es un problema, cierto, pero en todo caso –junto con su correlato: la globalización- debemos enfrentarlo desde una perspectiva más civilizatoria, o sea, desde una visión y una cultura que tenga como valor fundamental la academia. Este “ethos académico” debe ser el valor máspreciado de toda política e interacción universitaria.

En los años 90’s se produjeron dos diagnósticos contundentes del estado que guardaba la educación superior mexicana. Los dos fueron realizados por agentes externos a nuestro país. El primero de ellos, lo realizó P. Comb y un equipo de trabajo; el segundo, lo elaboró la OCDE¹⁹. Los dos reflejaron un cuadro severamente crítico de nuestra educación superior.

Han pasado más de 10 años y las recomendaciones de estos agentes externos no parecen haberse tomado en cuenta. Es más, ni siquiera sabemos, ahora, cómo estamos, cuando sería relativamente fácil repetir el expediente de estos dos agentes.

En aquel tiempo, los entrampamientos críticos que aparecieron, entre otros, fueron los siguientes:

- El bachillerato como parte orgánica de la universidad mexicana. Un caso relevante en toda la América Latina y el mundo desarrollado. El bachillerato universitario ha operado como un instrumento privilegiado de control político. El universo del bachillerato representa a otro mundo, distinto al de la universidad. Debido a su edad, los alumnos bachilleres son más propensos a la manipulación política. El mundo de la universidad, es un mundo estrictamente de adultos.
- El asunto de la “irrestringida autonomía, que alejaba a la universidad de su responsabilidad ante la sociedad y de una serie de compromisos necesarios con la supervisión estatal. En este punto, aunque ha habido avances, finalmente no hay un despegue claro que nos vaya alejando de esa cultura de hacer “política” a costa de la academia.
- Las enormes dimensiones de universidades como la UNAM y la Universidad de Guadalajara, que tienen más de 100 mil estudiantes²⁰. Instituciones tan grandes como éstas, requieren de controles políticos muy fuertes e intensos para la hegemonía de los grupos dominantes. Existe una presión mayor para la “sobrepolitización” y apuntala el proceso de debilitar a la vida académica.

Junto al proceso lento y gradual que van recorriendo las universidades mexicanas en aras de hacer una mejor docencia e investigación, sus actores necesitan tomar decisiones que repercutan rápidamente en el ámbito de la cultura universitaria, pues constituye una flagrante contradicción que en el espacio donde se forman los profesionistas, que deben

tener los valores y los conocimientos que les permitan un efectivo desempeño en el mundo del trabajo y de lo social, persistan un conjunto de prácticas culturales que rayan en los controles políticos más groseros y extemporáneos.

Si esta contradicción ya es ofensiva en el ámbito de la educación básica, en la universidad se magnifica, pues aquí nos encontramos el siguiente cuadro: una población estudiantil adulta; un trabajo de enseñanza e investigación con conocimientos más avanzados y complejos y la existencia de una autonomía y libertad académica, impensables en el mundo de la escuela básica.

El mundo de la universidad se explica más por lo que le sucede a ella, que por lo que le sucede al país y al mundo externo. Sin embargo, estos dos últimos órdenes aportan elementos que contribuyen a explicar mejor la vida universitaria. Asimismo, las diferentes formas en que procesamos y percibimos nuestra vida universitaria, resulta capital para darle un mejor orden al mundo de las objetivaciones. Una intersubjetividad más rica e intensa, supone el desarrollo de valores que nos lleven a compartir aquello que es el sustrato básico de la universidad: la academia, por encima de todo lo que no es ella.

NOTAS DE REFERENCIA.

- 1 Citado por Eduardo Ibarra Colado en “Universidades en la penumbra y más allá: notas para comprender la gran transformación de la universidad y discutir su porvenir como Institución de la sociedad”, Revista Espiral N° 27, Universidad de Guadalajara, mayo-agosto 2003, pp. 224-225.
- 2 Ibid., 211-212.
- 3 En este nuevo contexto, la Universidad de Guadalajara fue auditada en el año 2000 por la Contaduría Mayor de Hacienda de la Cámara de Diputados Federal. Se auditó el ejercicio fiscal de 1998. La Universidad salió bien librada. Ver Gaceta Universitaria del 2 de julio de 2001 de la Universidad de Guadalajara, p. 8.
- 4 Ver “Aspectos Financieros del Sistema Universitario de Educación Superior”, Secretaría de Educación Pública, agosto 2002, pp. 39-40.
- 5 Ibid., p. 5.
- 6 Giovanna Valenti y Gloria del Castillo, Interés Público y Educación Superior: un enfoque de política pública, en “Políticas Públicas y Educación Superior”, coordinadores: Alejandro Mungaray Lagarde y Giovanna Valenti Nigrini; ANUIES, México, 1997.p. 114.
- 7 Es muy evidente la relación estrecha entre el presidente Fox y la lideresa real del SNTE, pues ante las acusaciones que se le han hecho a Elba Esther Gordillo de ciertos crímenes y riquezas malhabidas, ésta ha declarado públicamente que Fox debería defender su honra (la de ella). Revista Proceso N° 1363, 15 de diciembre de 2002, México, p. 21.
- 8 En relación a la Universidad de Guadalajara y a propósito de la reforma universitaria iniciada en 1994, Misael Gradilla hace el siguiente apunte: “Los esquemas corporativos y clientelistas de control de conductas se mantienen (la FEU es el equivalente funcional de la FEG, la Asociación de Personal Académico es el de la FPU); los juegos de ataque-defensa se rehacen, aunque, ciertamente, en el interior de una élite universitaria remozada, formada por nuevos ‘jefes políticos’ que tienen como base de operaciones los puestos burocráticos de la administración central”. Misael Gradilla Damy, El Juego del Poder y del Saber, El Colegio de México, 1995, p. 303.
- 9 Michael Foucault, Historia de la Sexualidad. La Voluntad de Saber. Fondo de Cultura Económica, México, 2002, p. 114.

- 10 Burton R. Clark, *El Sistema de Educación Superior. Una visión comparativa de la organización académica*. Nueva Imagen-Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1991, pp. 33-42.
- 11 Ver los textos siguientes: Moacir Gadotti, *Historia de las Ideas Pedagógicas, Siglo XXI*, México, 2002, pp. 85 y 92; y Jesús Palacios, *La Cuestión Escolar*, Fontamara, Barcelona, 1999, p. 34.
- 12 Cornelius Castoriadis, *Subjetividad-Históricosocial*, en *Zona Erógena* N° 13, 1993; o bien, en la siguiente dirección electrónica: <http://www.educ.ar>
- 13 *Ibid.*, M. Gadotti y Jesús Palacios.
- 14 Hugo Zemelman Merino, *El Conocimiento como construcción y como información*, en “Ana Rosa Castellanos et.al., *Antología para el curso taller Elementos Básicos para la Docencia en la Universidad de Guadalajara*”, Guadalajara, 1989, pp. 19-27.
- 15 Periódico Mural del día 24 de junio de 2003, Guadalajara, Jalisco, México, p. 2 de la sección nacional.
- 16 “Toda sociedad hasta ahora ha intentado dar respuesta a cuestiones fundamentales: ¿quiénes somos como colectividad?, ¿qué somos los unos para los otros?, ¿dónde y en qué estamos?, ¿qué queremos, qué deseamos, qué nos hace falta?. La sociedad debe definir su ‘identidad’, su articulación, el mundo, sus necesidades y sus deseos. Sin la ‘respuesta’ a estas ‘preguntas’, sin estas ‘definiciones’, no hay mundo humano, ni sociedad, ni cultura-pues todo quedaría en caos indiferenciado. El papel de las significaciones imaginarias es proporcionar a estas preguntas una respuesta, respuesta que, con toda evidencia, ni la ‘realidad’, ni la ‘racionalidad’ pueden proporcionar”. Cornelius Castoriadis, *La Institución Imaginaria de la Sociedad I*, Tusquet Editores, Barcelona, 1983, pp. 254-255.
- 17 *Ibid.*, Valenti y del Castillo, pp. 102-103.
- 18 *Ibid.*, pp. 109-110.
- 19 Armando Aguilar Ávalos, *El Cambio de la política de admisión de estudiantes en la Universidad de Guadalajara y su implementación (1995-1999)*, Tesis de Maestría, Universidad de Guadalajara, diciembre de 2000, pp. 18-20.
- 20 La UNAM en 2002 tuvo una matrícula de 248,880 estudiantes; la Universidad de Guadalajara 158,417 y la Universidad Autónoma de Nuevo León 101,247. Ver “Aspectos financieros del sistema universitario de educación superior”, Secretaría de Educación Pública, México, p. 10.
